

Domingo 16 de Febrero de 1840.

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Sale *juéves y domingos*. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada o grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente *gratis*.
Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.
Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

Recuerdos de Talma. (1)

Hay versos, decía Talma, que aunque parecen floridos y armoniosos al leerlos pausadamente, son duros y asperos al declamarlos con la fuerza que su sentido exige, por ejemplo los siguientes versos son magníficos, leídos:

*Oui, Mitrane, en secret l'ordre émané du trône,
Remet entre tes bras Arsace á Babylone.*

Pero es casi imposible el declamarlos. La letra *r* se halla repetida nueve veces en quince palabras, y por desgracia esta letra es una de las más difíciles de pronunciar. Si se arrancan de la garganta, el sonido es tan vicioso que hace una pronunciación graseosa, falta muy grande: si se pronuncia con los dientes, suena demasiado fuerte y dura y forma una rotación desagradable. Es preciso pues, romperla y dejarla después salir por entre los labios que acabarán de darle el sonido conveniente. Ah! No os podéis figurar el trabajo y el tiempo que me ha costado evitar y suplir estos defectos.

Lo mismo sucede en todas las artes. El vestido de aquel cuadro, ese simple accesorio por el que pasa el espectador la vista con rapidez precisamente porque está bien imitado el ropaje y sus pliegues ¿cuantas vigiliás y ensayos no habrán costado al pintor para sacarlo con tal perfección? Ya sabreis la anécdota de aquel hacendado que decía á un pintor.—¿Qué! ¿tencis valor de llevarme diez luises por un árbol que habeis hecho en dos horas!—No señor, respondió el pintor, os exijo diez luises, como precio de los diez años que he tenido que estudiar para aprender á pintar ese árbol en dos horas.

—¿Y como haceis para enmendar los versos, que por su celebridad sabe todo el mundo de memoria?

—Esos versos los respeto mucho, y si, como sucede algunas veces, me ofrecen consonantes asperas, no pudiendo variarlos, disimulo sus defectos ora pronunciándolos rápidamente, ora llamando la atención hacia el verso que les sigue ó que les precede; pero esto se me ofrece raras veces porque hay pocos poetas franceses cuyos versos sean sagrados; este es un privilegio que Racine no parte con nadie. Al contrario Voltaire, quien vierte muchos versos que se pueden variar sin temor de hacerlos defectuosos.

Por lo general represento con disgusto sus dramas. Es verdad que en *Edipo Arsace* y en el papel de *Bruto*, no contraría mi naturaleza y mis ideas, porque teniendo bajo su pluma fuertes pasiones que pintar se muestra apasionado, y olvidándose de su carácter y de sus ideas se reviste de las cualidades del personaje que presenta; pero en las demás obras se pone á sí mismo en escena y presenta al público su filosofía. Mahomet y Gengiskan son unos pen-

(1) Véanse nuestros números del 29 de diciembre y 25 de enero.

dónimos suyos. Todas sus declamaciones, aunque muy brillantes y elevadas, me hacen parecer cansado cuando las represento. No es mi ánimo culpar en lo más mínimo á este hombre grande; él tenía que llenar una misión y se sirvió para ello del teatro, porque es más difícil hablar á cada inteligencia en el estrecho y silencioso recinto de un gabinete, que reunir las todas en un mismo sitio y animarlas con el fuego del genio.

—Me parece que Orosman, está lleno de pasión, y no concibo porque no le habeis contado entre las obras de Voltaire que son analogas á vuestro carácter.

—Le he escluido por dos motivos: el primero, porque no es de su país y por consiguiente me es imposible darle fisonomía local.

—¿Y el segundo?

—Por el modo vario de espresar su amor. Cuando lo presenta sombrío y terrible, le comprendo perfectamente; pero no me sucede esto cuando lo manifiesta frío y lánguido. Orosman apoyado en Shakespeare me es fácil de desempeñar porque es un personaje de tragedia, pero refiriéndose á madama Scondery me desanima porque es un héroe de novela. Este es un papel contra el que luchó todavía. Muchas noches, después de haberle representado, mi muger y yo nos ponemos á analizar los pasajes que nos han disgustado. Mi muger tiene un gusto exquisito; un talento superior, y sobresale especialmente en la pintura de los sentimientos tiernos. Pues á pesar de esto, nada hemos adelantado: Ya os lo he dicho. La falsa fisonomía del personaje me embaraza enteramente. Sin embargo, en honor de la justicia debo decir que esta falta de carácter en que ha incurrido Voltaire, la exagero yo más por la dificultad que encuentro en espresar los sentimientos lánguidos. La parte defectuosa del papel es precisamente la parte en que yo también lo soy, de suerte que lejos de ocultar este defecto lo hago notar más.

Este falso color en el carácter y esta tibieza en ciertas espresiones amorosas se hallan también en otros muchos papeles. El *Aquiles* de Racine no es el de Homero. La crítica lo contempla más como un héroe francés que como un héroe griego. *Neron* mismo tan bien marcado con los colores antiguos, dirige á Junio madrigales propios de la corte de Versalles.

Ah! que diferencia! si Racine hubiese presentado al *Aquiles* de Homero hubiera causado una revolución. Como se hubiera acomodado la delicadeza francesa con la rusticidad de las costumbres de una época en que los griegos estaban tan lejanos de la civilización de Pericles y aun está tan remota de la civilización del tiempo de Luis XIV. Racine escribió inducido del gusto de su época; hoy tal vez escribiría de otro modo. No obstante, yo no estudio *Aquiles* en su tragedia, sino en la *Ilíada* de Homero. Entre un sultán y *Orosman* no hay semejanza alguna; pero la hay y muy grande entre el amante de *Ifenia* y el vencedor de *Hector*.

Lo mismo hago con respecto á Ducis. En su *Macbeth* ha sido sin duda muy atrevido. Juzgad vos mismo, sino se necesita valor para presentar en el teatro una *somnambula*

que á la claridad de una antorcha se dirige armada con un puñal á degollar á su propio hijo: esto es terrible; pero *Sakspeare* va más allá. Así es que yo he arreglado la fisonomía del *Macbeth* francés estudiando el *Macbeth* inglés. En la narración de mi entrevista con las magas ¿sabéis por qué esparzo el terror en el auditorio? porque me figuro las tres hechiceras delante de mis ojos: *Sakspeare* me las presenta.

El *Neron* es bastante frío, especialmente en una escena cuya representación se me hace muy difícil. Para cubrir esta languidez, procuro hacer entrever la ferocidad de *Neron* al través de las palabras más ternas; y recórtar al auditorio lo que acaba de decir, por la expresión de mis ojos y por el sonido ó metal de mi voz. Al expresar el amor de *Neron*, me figuro en la imaginación á los tigres.

—Y cuando hacéis el papel de *Otelo*, os recordáis de los leones? Aquel *Orosman*, de frente atezada os cuadra mejor ¿no es así? su amor es sombrío como su figura.

—Oh! Hay en el papel de este personaje un verso que saboreo con delicia.

De esa

Sangre africana que en mis venas hierve.

Al pronunciar este verso no es *Otelo* quien habla, sino *Talma*.

—Que queréis decir?

—Que yo soy de origen moro. Yo tengo motivos para creer, ó si es una ilusión me agrada mucho, que mi familia en lugar de huir á la antigua patria, cuando fué preciso abandonar la que recobraban los españoles, se lanzó á los Pirineos y vino á buscar la vida y la hospitalidad al suelo de la Francia. Miradme bien, y tal vez descubriréis en mi semblante algunos rasgos de aquellos naturales. Si advertís las pasiones que espreso con más verdad, reconoceréis aquel conjunto de furor y de melancolía, aquella súbita transición de los sentimientos tumultuosos al reposo de una indolente meditación, que son los efectos habituales del ardiente cielo africano.

Yo espero poder ir algún día á la florida tierra donde Granada hace brillar su bello palacio de la Alhambra, á saldar la tumba de mis padres. ¿Quién sabe si encontraré mi nombre en algunas familias oscuras de un valle ó de una montaña olvidada del viajero? porque mi nombre, no hay duda, mi nombre es africano.

Más sobre picos.

Mascaraque ha hablado ya de los picos entre deudores y acreedores, y en todo cuanto ha dicho me parece que tiene razón. Yo voy á hablar de otros picos que ignoro porque han de tener lugar en este pícaro mundo. Los primeros los concibo fácilmente, y concibo también que sin ellos (á pesar de sus inconvenientes) sería imposible muchas veces verificar un solo préstamo con su pago corriente. Pero en cuanto á los de que voy á hablar, repito que ignoro la razón que los legitima.

El domingo pasado, v. gr. había función de máscaras en el teatro del Príncipe: el comienzo estaba anunciado para las doce de la noche, y el teatro sin embargo estuvo cerrado hasta las doce y pico. El señor *Don Yo* en consecuencia tuvo que estar de planton en la calle cosa de media hora, chupándose los dedos de frío en compañía de otros y otras que se daban al diablo por la tardanza, porque eso de hacer antesala en la calle á principios de febrero y pasada ya la media noche, es cosa de apurar la paciencia al más pacienzudo. Mal de muchos consuelo de tontos. Al día siguiente sufrimos por medio del *Corresponsal* que la empresa de los bailes no había tenido la culpa en la susodicha media hora de retraso, sino la compañía dramática que habiendo prometido tener el teatro desocupado á las diez y media de la noche en punto, no pudo sin duda verificarlo hasta las diez y media y pico, esto es, hasta las once. Lo cual equivale á decir que el piquillo de tiempo en que se descuidaron los unos, dió

lugar al piquillo de tiempo que hizo esperar á los otros; pero arreglese como quiera, ello es que la falta de imprevisión es notoria en los otros ó en los unos, y que eso de citar la gente á las doce, y abrir el teatro á las doce y pico, no es cosa de repetirse otra vez.

Pero en materia de teatros rara es la noche que la función comienza á la hora anunciada. Si dicen los carteles que se alzará el telón á las siete, dense vds. por contentos viendo alzarse á las siete y cuarto. No me quejo yo de eso, sino de que no se reforme la redacción de los carteles en un punto tan esencial. Dígase, *comenzard la función á las siete y pico*, y todo queda corriente.

Lo que sucede en los teatros sucede también en la mayor parte de las citas. Ya se sabe que en España citarse á las seis es lo mismo que reunirse á las siete. La maldita costumbre de atrasarlo todo, atrasa también el reloj en toda clase de plazos. El que es puntual tiene que resignarse á estar de planton como mi pareja y yo delante del teatro del Príncipe. ¿Y por qué ha de suceder así? ¿Por qué esos picos de tiempo si al cabo se tiene que verificar la reunión?

Las conferencias del Liceo se anuncian todos los domingos desde las doce en adelante; razón suficiente para que comiencen á las doce y pico... pero qué pico! Gracias si á las dos se ha reunido la gente.—Sera que es incomoda la hora.—No señor, no es incómoda; es que se ha citado á las doce y es natural que se comience á las dos.—Pues citar dos horas más tarde.—Entonces se reunirán á las cuatro. No hay que calabacearse: los picos en el tiempo son moneda tan corriente como en las deudas.

Alquilad un coche, id á refrescar al café en compañía de vuestros amigos, cenad una noche en la fonda. Estad seguros de que después de haber pagado religiosamente, sino doble de lo que vale, todavía os quedan ciertos piquillos que satisfacer.—¿Cómo!—Si señores: la gratificación al calsero, una expresión al mozo de café, los gajes que se dan al sirviente de la fonda...—Es verdad, no lo tenía presente, ni aun creo que semejantes gratificaciones deban ser cuenta mia.—Pues no las satisfagais y dirán que sois un miserable.

Lo mismo sucede en los viajes. Pagado el billete de la diligencia y satisfechos los gastos de manutención, posada, cama &c., &c. entran después los piquillos que se destinan al mayoral, al mozo, á las criadas, al demonio; y como muchas candelillas hacen un cirio, resulta que el viaje que según tarifa solo os debía costar como 10, os cuesta como 15. Cinco de pico, ya se sabe.

Volviendo al teatro, toda vez que escribo en un periódico destinado á él principalmente, digo que he notado otros piquillos que me han chocado y no poco. Las lunetas principales cuestan en Madrid, 12 rs. y 8 *maravedis*. ¿Habrá diablura como ella? Pero al cabo esos dos cuartos de pico pueden darse por bien empleados en consideración al objeto á que se destinan, si bien es verdad que más de cuatro veces va uno con sus doce reales justos por no tener presente el piquillo, y un olvido que no vale cinco dineros es causa de quedarse uno sin la luneta apetecida.

Pero el pico más espantoso es la contribución en que nos ponen los revendedores, gracias al que pudiendo remediarlo no lo remedia. En los teatros de provincia todo lo más que sucede es tener que dar á los expendedores de localidades, si se quieren lograr medianitas, alguna expresión siempre indebida como lo son todos los picos de que hablo, pero moderada al cabo y no tan exorbitante como la contribución de reventa. En noches de mucha concurrencia, ya se sabe que en Madrid ó se queda un ciudadano sin luneta, ó tiene que consolarse de pagar diez ó doce reales de aumento, sino es más, lo cual constituye un pico más que medianamente razonable, y algo más que medianamente escandaloso.

Y concluyendo mi artículo del mismo modo que lo comencé, esto es, refiriéndome al primer baile de máscaras del teatro del Príncipe, quisiera que los señores empresarios hubieran puesto en el billete en lugar de doce reales *doce reales y pico*. No lo digo por el desembolso que ocasiona la entrada á las celdas á que se da el nombre de

ambigü, pues al cabo justo es que el que tiene el gusto de hacer gasto pague el gasto que hace por gusto, si bien sería de desear que hubiera mas conciencia en lo de exigir un real por cada panecillo que á lo sumo vale dos cuartos &c. &c. &c. (Estas *etcéteras* solo las entenderán los que acostumbrian á cenar en los *ambigües*.) El libertarse de esta clase de picos está en mano de cada uno, con solo aprender á no ser tonto y cenar en casa: pero hubo otro piquillo que me incomodó en extremo, y que me incomoda en cuantos bailes de máscaras se exige. Hablo de los dos reales que me hicieron soltar en el guardarropa por guardarme una capa que así vale ella dos reales como el guardarropa la pena de exigirlos. Era forzoso sin embargo, y aunque mi capa no vale cosa, al cabo me ahorra de comprar otra, y pagué mis dos reales con otros dos encima por la de mi pareja y uno por el baston, y otro por otra prenda menor, y otros dos por otra prenda que se les antojó llamar mayor no siendo mas que tamañita. Es el caso que el guardarropa no salia responsable de lo que se le entregaba sin acompañar cada entrega de su correspondiente donativo; y como es imposible salir de noche sin capa, y como por otra parte no se puede ni debe entrar con ella en el salon de baile, claro es que ó se tiene que renunciar la entrada, ó resignarse á pagarla con el indispensable piquillo. De todo lo cual resulta que el billete de entrada es inútil sino se satisfacen los derechos guardarropescos, y por consiguiente deben considerarse estos como un aumento del precio de entrada. *Ergo*, el que lleva á tres en su compañía como me sucedió á mi, tiene que pagar *forzosamente* un billete por cada uno de los entrantes, y el derecho correspondiente á las prendas que cada uno tiene que llevar *forzosamente* tambien, sino quiere helarse de frio. *Ergo* los mencionados derechos deben considerarse como parte integrante del precio de los billetes, pues sino se pagan no se entra. *Ergo* los empresarios debieron decir: *precio de los billetes: doce reales y pico*. Me parece que mis argumentos no admiten réplica, y que en decir lo que he dicho, he dicho lo que debía decir.

DON YO.

POESIA.

Delirio poético.

Tres lustros hace que al laud sonoro
Por la primera vez tendí la mano;
Tres que pulso con fé sus cuerdas de oro,
Y tres; ay triste! que las pulso en vano.

Una voz sobrehumana, irresistible,
«Canta, gritóme, y brillarás un día.»
«Si! me dijo otra voz: todo es posible.»
«Si! brillarás, pero en la tumba fria.»

Yo no sé si mintió la voz primera,
O si dijo verdad la voz segunda:
Solo sé que la gloria es mi quimera
En aquesta mansion y en la profunda.

Tal vez entrambas á la par mintieron,
Y nunca un lauro deberé á la gloria:
Tal vez ensueños de mi mente fueron
Ambiciosa de prez y de memoria.

¡Oh, si estuvieran á merced del hombre
Las palmas de loor que tanto ansia!
Yo arrancára un laurel para mi nombre
Segun es fiera la constancia mia.

Pero el destino su furor desplega
Contra el vate infeliz, inerme y solo,
Y á los bajos de la mar le entrega
Perdido el rumbo, encapotado el polo.

Ni una mirada á la cruel fortuna,

Ni una sonrisa le debí á la suerte.
No hay palmas para mí! si crece alguna.
La del cipres será, nuncio de muerte.

¡Ah, que la mente en su furor delira,
Y es disculpable su delirio insano!
Tres lustros hace que pulsé la lira,
Y tres; ay triste! que la pulso en vano.

M. A. PRINCIPÉ.

La predicción.

I.

EL MENDIGO.

Un niño es la fuentejilla que mana bulliciosa de la peña, enamorando cuanto á su paso encuentra: mas ¡ay de los vergeles si el pródigo labrador no sabe guiar su pequeña fuentejilla corriente! Porque los dias pasarán, la fuentejilla se convertirá en arroyo; el arroyo en torrente impetuoso; ¿y que será entonces del llano por do tienda sus bramadoras ondas? ¿qué será de las flores del pensil que tantos amores le prodigaron en su infancia? El huracan agitará con furor sus corrientes y estas arrebatarán en su curso cuanto ose resistir su colosal empuje. El huracan de las pasiones agitará tambien el corazon del hombre en su juventud; y si este no aprendió á domarlas en la niñez ¡ay de su vida! porque será turbulenta cual una tarde de tempestad y llevada de desesperacion en desesperacion, de amargura en amargura, se precipitará en el caos de la muerte, mas presto de lo que debiera: bien así como las aguas de un rápido torrente se hunden en la mar antes que las de un pacífico manantial.

Muchos se han visto en la sociedad, victimas de una mala educacion, y Enrique Balsac, de quien hoy pretendemos hablar, ha sido uno de ellos. mimado por su madre y habiendo salido desde sus primeros años con cuanto habia pretendido, se creia un ser superior en el mundo; sus caprichos habian sido siempre obedecidos, y por lo mismo sus pasiones no tenian límites: esto quiero y esto hago: así se decia á si mismo en sus horas de ociosidad; y plan-ta que crece sin despojarla de sus malas ramas, como son en la vida las malas inclinaciones, jamás se cubrirá de flores, y únicamente servirá de sombra y estorbo en el vergel.

Diez años habria cumplido Enrique, cuando al salir un dia de su casa encontró á Sebastian. Era este un mendigo á quien algunas veces habia dado limosna. En el dia á que nos referimos el anciano, como tenia de costumbre, se llegó á su protector con ánimo de regalarle una bonita estampa, mas no bien le habia saludado cuando el atrevido jóven descargando en el su baston hizo brotar sangre de la cabeza del pordiosero. Enrique acababa de sufrir una reprension de su padre, y su carácter adusto no podia aguantar en aquel instante conversacion de ninguna especie.

El maltratado anciano que amaba demasiado á Enrique, aunque se vio tan injustamente herido; no cuidó de castigar semejante desacato; pero limpiándose la sangre que vertia su herida y dirigiéndole una mirada compasiva, exclamó de esta suerte: «Jóven, tu corazon imperioso ha de hacer muy desgraciada tu vida, y el que de niño se atrevió á ultrajar á un pordiosero, tal vez un dia hiera en el pecho á su mismo padre.

II.

LA REVELACION.

Hay palabras que á primera vista parecen insignificantes, y no obstante, cual si fueran pronunciadas por el acento de una maga, repiten sus ecos para atormentarnos en todas las situaciones de la vida, combaten y destruyen el castillo de nuestras ilusiones, y dejándose oír aun en medio de nuestros placeres, turban el corazon con melancólicas ideas. Tales fueron para Enrique las palabras del

por diosero. En vano quiso borrarlas de su imaginacion. Serás infeliz! le decía una voz en medio de sus sueños: el que de niño ha ultrajado á un mendigo, tal vez un día hiera en el pecho á su mismo padre. ¡Oh! no! gritaba el jóven horrorizado, alzándose del lecho: jamas mis pasiones podrán arrastrarme á tal punto.

Algunos años despues el padre de Enrique tuvo la desgracia de sufrir una quiebra: sus consocios se habian fugado, y para cubrir los gastos de justicia se vio despojado hasta de los muebles mas indispensables.

Entonces fue cuando Enrique comenzó á pensar en su suerte: nada habia estudiado y por lo mismo nada sabia: contaba ya veinte años y en esta edad el orgullo y la altivez están en su apogeo, por lo que no queria humillarse á pretender destino alguno: acostumbrado al lujo y á los festines, arrancarle de ellos era arrancarle su felicidad, dominado ademas por el juego, vivia desesperado sino podia ir á derramar en el su dinero. Asi, lleno de vicios y falto de conocimientos, sobrado de orgullo aunque vacias sus arcas de metalico, era Enrique un jóven libertino y desenfrenado á quien sus acciones no podian menos de concluir por sumirle en el precipicio que se abria á sus pies.

Un dia fue llamado al aposento de su padre: estaba este en su lecho, y un monge revestido con la túnica sacerdotal velaba en pie á su cabecera. Cuando á los pálidos rayos que destellaba la luz alcanzó á ver el jóven el macilante y lánguido semblante del anciano, creyó adivinar una verdad terrible, perdieron sus ojos la luz, y ai pronto como pasmado por aquel silencio religioso, se paró en el umbral de la puerta. Una voz que sonó en aquel momento le sacó de su estupefaccion; la voz era de Rodrigo, su padre, y aquel acento se parecia al ultimo esfuerzo de un hombre que se halla en la agonía.

En efecto Rodrigo estaba espirando y su acento era el de la muerte.

—Hijo mio, querido Enrique, exclamó el anciano libre ya del temblor que le sobrecojiera al abrazar á su hijo: mi última hora ha sonado y la eternidad me abre sus puertas. Bien se que voy á entristecerte; pero, hijo mio; los momentos son preciosos, y del secreto que he de revelarte pende tal vez tu felicidad. Si yo hubiera podido dejarte colmado de riquezas como era mi intento, nunca hubieras sabido una verdad tan amarga; pero ¡como ha de ser! Dios lo ha dispuesto asi, y no hay mas que conformarse con su voluntad. Aquí el moribundo alzó un poco la cabeza sobre la almohada, tomó aliento como si se hallara fatigado del pecho, y despues de haber cojido y apretado contra su corazon las manos de su hijo, prosiguió: tres horas despues que yo haya espirado, abriremos con esta llave el armario de mi aposento; lo registrarás, y con la llavecita que halles en una de sus gavetas, abrirás el armario secreto que hay en el fondo; en el hallarás unos papeles, guárdalos, y quiera el cielo que ellos sean un dia tu felicidad.

Aun no habian pasado cinco minutos despues que Rodrigo habia muerto en los brazos de su hijo, cuando ya éste se hallaba desplegado un legajo de papeles. Las palabras del anciano le habian llenado de temor y curiosidad y queria cuanto antes rasgar el velo á aquel misterio, aunque hubiera de serle terrible la verdad que encubriera. —¡Oh rabia! no era mi padre! exclamó Enrique con una sonrisa espantosa, y apretando entre sus manos el pliego que acababa de leer. ¡No era mi padre! y bien: ¿de quien soy hijo? ¿quien me ha dado el ser? ¿quien...? ¡Oh! nadie me responde, gritó frenético; nadie calma mi amargura: pues bien! de hoy en adelante seré tan solo el hijo de la desesperacion, y el aliado de la venganza.

(Se concluirá en el próximo número.)

MASCARAS.

El segundo baile que se ha dado esta noche pasada en el salon del Instituto Español, no ha desmerecido en nada

del primero, en punto á concurrencia y esmerado servicio en todo; á pesar de haber tenido que luchar con el aliciente tan poderoso que llamaba la atencion pública hacia la plaza de Oriente, por ser el primero que se ha dado este año en quel suntuosísimo local. No hablamos de él en el número de hoy, porque no sabemos á la hora de ésta que tal habrá estado, pues son las seis de la mañana, y dentro de cuatro horas debe estarse repartiendo el periódico. Lo que si encargáramos á los directores de todas estas empresas, es, que para regularizar la diversion, se diesen los bailes de cada corporacion en dia que no haya otra que haga mal tercio, y asi se igualaria mejor, pues varias noches no hay un baile, y otras hay dos ó tres. Esto seria ademas ventajoso para los empresarios. Al hablar asi, debe suponerse que aludimos á los cuatro ó cinco bailes que hay en Madrid, y no á los de seis y ocho reales que todos los dias vemos anunciados en los diarios.

—Escrito el párrafo anterior, tenemos tiempo todavía para manifestar á nuestros lectores la satisfaccion que nos ha cabido al presenciar el gusto, el esmero y la brillantez con que la empresa del salon de Oriente ha satisfecho los deseos de los aficionados. Sentimos sobremanera no poder estendernos en pormenores acerca de la magnífica reunion de anoche, pero lo haremos en uno de nuestros números próximos.

El teatro del Principe en su primera diversion, ofreció tambien motivo para que hagamos mencion de él cuando con mas tiempo y menos precipitacion podamos hablar de los diferentes bailes de máscara que han tenido y tengan lugar en la capital.

TEATROS.

PRINCIPE. *A las cuatro de la tarde.* La graciosa comedia en tres actos, titulada, ACERTAR ERRANDO ó el CAMBIO DE LA DILIGENCIA, intermedio de baile y sainete.

A las siete de la noche. La última representacion del aplaudido drama original en cinco actos, y en variedad de metros, titulado DON ALVARO DE LUNA.

CRUZ. *A las siete de la noche.* Última representacion, en el presente año cómico, de el gran drama trajico, en cuatro actos, del maestro Donizetti, titulado: BELISARIO.

BUENA-VISTA. *A las siete y media de la noche.* La comedia nueva en este teatro, en dos actos, nominada UN AGENTE DE POLICIA; intermedio de baile y la comedia en un acto, titulada EL PADRINO POR FUERZA.

MASCARAS.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

Hoy domingo á las doce de la noche,

GRAN BAILE.

Precio: 12 reales.

ANUNCIOS.

El templo de Amnon y los Pitagóricos. Novela literaria extractada de las memorias y viages de un emigrado. Por don Diego Gonzalez Alonso. Concluye con un apéndice sobre la literatura dramática, el clasicismo y romanticismo.—Un tomo en 8.^o—Precio: 10 rs. en rústica y 12 en pasta.

Se hallará de venta en Madrid librerías de Vallarreal y de Castillo, calle de Carretas; y en las provincias en las principales librerías.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.